

DE NUEVO SOBRE LA PARADOJA BLAIR

Todos los observadores de la evolución del Nuevo Laborismo debemos estar agradecidos a Peter Mair. Su contribución al prolongado debate sobre la «paradoja Blair» es esclarecedora y estimulante, y debo confesar que he aprendido mucho de ella¹. Esencialmente, argumenta que no hay tal paradoja al tratar de concentrar el poder en el partido laborista y al mismo tiempo descentralizarlo en el Estado: al obrar de ese modo Blair y sus socios son del todo coherentes. Su objetivo consiste en vaciar de contenido al partido, o al menos en prescindir de él. La disciplina prusiana que han impuesto a sus seguidores representa una vía hacia el objetivo último de una «democracia sin partidos»; sus experimentos de pluralismo constitucional no son sino una vía paralela y complementaria. Cuando yo les acusé de no entender del todo lo que estaban haciendo, no sólo me equivocaba, sino que había tomado el rábano por las hojas. Saben perfectamente lo que están haciendo: están tratando de dismantelar la estructura de democracia mayoritaria que ha sido el fundamento de la democracia británica durante más de un siglo, a fin de despolitizar todo el proceso de gobierno.

Estoy en gran medida de acuerdo con este análisis. El desdén de Blair hacia el partido –y a un nivel más profundo, hacia las diferencias ideológicas y de intereses que le han dado vida, en ésta y en otras democracias europeas– es casi palpable. Sueña con un pueblo unido y homogéneo, sin diferencias de clase o de origen, con el que él, como líder, pueda comunicarse directamente, sin necesidad de intermediarios. En su perspectiva, al menos, la vocación del Nuevo Laborismo es la movilización de la periferia y del centro urbanos, de ricos y pobres, de viejos y jóvenes, de cristianos y agnósticos, de cazadores y defensores de los derechos de los animales, de creyentes en los valores de la familia y opositores a la «cláusula 28»^{*}. Su cálido abrazo abarca a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, con tal que estén dispuestos a alistarse en la inexorable y eterna cruzada por la modernización que él y sus colegas han puesto en marcha. El «siglo progresista», cuyos rasgos ha esbozado su

¹ Peter MAIR, «Democracia sin partido», *NLR* 3 (septiembre de 2000).

^{*} Sección 28 de la Ley de Gobierno Local de 1988, que veda la discusión sobre homosexualidad en las escuelas. [N. del T.]

gurú Philip Gould², y que presumiblemente acaba de comenzar, se configurará siguiendo esa misma imagen inclusiva. Sólo los tradicionalistas se verán excluidos: los Conservadores, con “c” mayúscula o minúscula, y por supuesto, los todavía-no-del-todo-derrotados mastodontes del Viejo Laborismo.

No cabe duda de que esto significa un alejamiento de las normas de la democracia mayoritaria británica desde la Segunda Guerra Mundial. A todos los primeros ministros les gusta creer que hablan en nombre de la nación, y muchos de ellos se han enfurecido con sus propios seguidores, pero desde 1945 ningún primer ministro ha intentado prescindir del partido en la forma en que Blair lo ha hecho. Hubo premoniciones de esa forma de gobernar con Mrs. Thatcher, pero las diferencias entre ellos son más sobresalientes que las semejanzas. Como Thatcher, Blair es un populista, decidido a comunicarse directamente, por encima de la cabeza de sus colegas, con un «pueblo» imaginario. Pero mientras que ella se comportaba como un guerrero, él lo hace como un chamán. Si ella tendía a acentuar los contrastes, él procura instintivamente atenuarlos. Y si ella prefería excluir, él trata de incluir. Su intento de construir una vasta coalición en la que tengan cabida todos los «amantes del buen gobierno» no tiene nada en común con el thatcherismo. Lejos de intentar despolitizar el gobierno, Thatcher hizo cuanto pudo por politizarlo. Al final, como es sabido, se la llevó por delante una rebelión en el partido. Pero durante su triunfante apogeo supo expresar la cultura y los instintos de los conservadores de base más concienzudamente que cualquier otro líder de la posguerra. Lejos de desdeñar a su partido, se regodeaba en su agresivo y divisor partidismo.

Un precedente nacional

Hasta ahí, el análisis de Mair me parece correcto. Pero difiero de él en una cuestión sustancial (para ser franco, debo reconocer que sólo me di cuenta de ello tras la lectura de su artículo). Está en lo cierto al afirmar que Blair ha roto con las normas de la política partidista británica tal como ésta había funcionado desde 1945. Pero se equivoca al sugerir que esas normas quedaron consagradas únicamente por el paso del tiempo. La democracia mayoritaria del modelo de posguerra tuvo como origen el cataclismo de la propia guerra, y en particular el sísmico desplazamiento en las fidelidades políticas que hizo posible que el partido laborista se convirtiera, con retraso, en un competidor más o menos a la par en un nuevo sistema bipartidista. En el período de entreguerras, ese modelo de democracia mayoritaria no existía. Una vasta y hegemónica coalición dominada por los conservadores mantuvo el poder en sus manos desde 1931 hasta 1940, y es muy probable que sin la guerra lo hubiera seguido manteniendo durante mucho tiempo. La historia de la década de 1920 fue diferente en ciertos aspectos, pero sólo en ciertos aspectos. En 1924 y de 1929 a 1931 se for-

² Philip GOULD, *The Unfinished Revolution: How the Modernisers Saved the Labour Party*, Londres, 1998, pp. 391-399.

maron gobiernos laboristas minoritarios y débiles; tras las elecciones de 1924, en las que el porcentaje obtenido por los liberales bajó del 29,6 al 17,6 por 100, quedó claro que el partido laborista se había reubicado como principal partido anticonservador en el Estado. Pero sigue en pie el hecho, cuyas implicaciones merecen atención, de que durante diez de los trece años que median entre 1918 y 1931, así como durante todo el período entre 1931 y 1940, gobiernos conservadores o dominados por ellos ocuparon el poder. En esto, como en otros terrenos, no es aconsejable tomar la retórica futurista de Blair como moneda contante y sonante. Se asemeja más a Carlos II que a Cromwell; pretende una restauración, no una revolución. Su verdadero propósito es el de reinventar la época de Baldwin³, no el de avanzar hacia un futuro hasta ahora no imaginado.

Al decir esto, no trato de presentarlo como un segundo Baldwin. Su desprecio por la tradición y sus tozudamente reiterados llamamientos a la novedad, juventud, y a un «futuro» reificado, difícilmente podrían ser menos propios de Baldwin. Sin embargo, como muestra el notable estudio reciente de Philip Williamson⁴ sobre la retórica y arte de gobernar de éste, los paralelismos entre ambos son, no por sorprendentes, menos llamativos. Sin duda, Baldwin no desdenaba abiertamente al partido como lo hace Blair. Se apartó de sus costumbres para ir a rendir pleitesía a la Cámara de los Comunes, a la que Blair trata con indiferencia señorial. Pero estaba tan deseoso como Blair de construir una amorfa coalición de amplia base, más allá de las fronteras de su propio partido; tan resuelto como Blair a trascender las divisiones de clases e intereses que se reflejan en los conflictos entre partidos, y tan dispuesto como él a incluir a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en un cálido abrazo, deliberadamente apolítico; y sobre todo, igual de empeñado en presentarse como un persona «corriente», amistosa, digna de confianza, poco versada en las artes de la política profesional, y no corrompida por éstas. Una y otra vez insistía en que no era un orador; en su primer discurso por radio, una obra maestra de modestia apartidista, pidió perdón a los oyentes por interrumpir el programa que estaban escuchando⁵. Como señala Williamson:

³ Stanley Baldwin (1867-1947). Político conservador británico, que fue tres veces primer ministro entre 1923 y 1937. Encabezaba el gobierno cuando se produjo la huelga general de 1926, la crisis de Etiopía en 1935 y la abdicación de Eduardo VIII. De 1917 a 1921 fue secretario de finanzas del Tesoro, y luego presidente del Consejo de Comercio. Junto a Bonar Law, se opuso a la política conciliadora hacia los liberales de Lloyd George (primer ministro de 1916 a 1922), y tras la dimisión de éste y el nombramiento de Law como primer ministro acudió a Washington como ministro de Hacienda para negociar la deuda de Gran Bretaña con Estados Unidos, con resultados poco halagüeños. Sustituyó a Law como primer ministro durante el segundo semestre de 1923, y volvió a retomar el puesto en noviembre de 1924, tras el fracaso del primer laborista que encabezaba un gobierno en Gran Bretaña, Ramsay MacDonald. Durante su segundo mandato, frente a la huelga general de mayo de 1926, proclamó el estado de emergencia, llamó a voluntarios para sustituir a los huelguistas, y se negó a negociar con éstos. Su tercer y último mandato duró de junio de 1935 a mayo de 1937. [N. del T.]

⁴ Philip WILLIAMSON, *Stanley Baldwin: Conservative Leadership and National Values*, Cambridge, 1999.

⁵ *Ibid.*, p. 83.

En las elecciones, centraba la cuestión no tanto en los programas como en la sinceridad y la confianza [...]. Pensaba también que la ausencia de énfasis y la franqueza eran las entonaciones más eficaces para hacer frente a la oposición: «su mayor ventaja frente a los laboristas era su reputación de hablar llana y sencillamente». El propósito de Baldwin era invertir el estilo y los valores que se esperaban de un político democrático: desinflar la demagogia y establecer un discurso diferente, más seguro y popular. Poder, fuerza, temple y sinceridad debían identificarse con modestia, humildad, moderación y sentido común. «Los charlatanes cautivadores y los buscapleitos» serían derrotados por quienes exhibieran «seriedad» y «virtud moral». Los discursos en público debían valorarse, no por alentar exigencias radicales, sino por conducir «a los hombres a reflexionar sobre el servicio a su país y la ayuda mutua»⁶.

Con ese arte que disimulaba el arte, en resumen, también Baldwin intentaba despolitizar el gobierno, amortiguar la controversia ideológica y los conflictos de clase, convencer al electorado de que el sentido común apuntaba en una dirección determinada y persuadirle de que los deberes estaban por encima de los derechos. Su recompensa fueron casi veinte años de hegemonía conservadora, y un sistema más próximo al modelo de partido dominante del Japón de posguerra que al de confrontación y antagonismo de Gran Bretaña. Sin embargo, los paralelismos entre Blair y Baldwin no deberían llevarse muy lejos. Blair está echando las redes hacia la clase media desde un partido de izquierda; Baldwin lo hacía desde un partido de derecha. Quizá precisamente por eso, el primero ha tratado seriamente (si bien hasta ahora sin fruto) de construir una justificación ideológica clara para su forma de gobernar, mientras que la de Baldwin no precisaba ningún encubrimiento ideológico, más allá del recurso al juego limpio y al patriotismo. Y, por supuesto, las circunstancias de la vida política en las décadas de 1990 y de 2000 son radicalmente diferentes de las que prevalecían en las de 1920 y 1930. Lo que era popular entonces sonaría ahora casi feudal; el equivalente más próximo a un tertuliano de Baldwin sería el ubicuo TJ (Thomas Jones), antiguo profesor de economía. *Mutatis mutandis*, no obstante, la forma de gobernar de Blair reemprende el camino allí donde lo dejó Baldwin, tratando de despolitizar el gobierno, pero *mediante* el partido, no contra él. Si lo consiguiera, el Nuevo Laborismo podría ser en los próximos veinte años lo que fueron los conservadores en las décadas de 1920 y 1930. No mantendría muchas semejanzas con el Partido Laborista que hemos conocido hasta ahora, porque dominaría la escena política como nunca lo hiciera el Viejo Laborismo, aunque seguiría siendo inconfundiblemente un partido político, y la política seguiría girando en torno al conflicto entre él y su principal rival.

Desde luego, ese proyecto puede muy bien no salir adelante. Si en las próximas elecciones el Nuevo Laborismo sólo obtiene una estrecha mayoría (o ni siquiera una mayoría), Blair puede verse forzado a proponer un sistema electoral proporcional; pero si lo hace, los demócratas liberales tendrán más respaldo parlamentario que el que haya ostentado ningún tercer partido desde el *Irish Home Rulers*, antes de la Primera Guerra Mundial. Aho-

⁶ *Ibid.*, p. 227.

ra bien, ni siquiera esa eventualidad tiene por qué dar lugar a la democracia sin partidos que imagina Mair. Pese a cierta indignación y alboroto, que en definitiva es congénito a la gente de mente liberal, los demócratas liberales han fracasado ostensiblemente en la definición de un espacio político propio, que no pudiera ocupar el Gran Hermano del Nuevo Laborismo. Porque no existe tal espacio. El tradicional recurso seguro del antiguo partido liberal, y más recientemente de la Alianza Liberal-SDP —«una plaga para ambos bandos»: moderación centrista en lugar de extremismo ideológico—, ya no tiene alas. Como solía decir Aneurin Bevan, «no se puede estar más muerto que los muertos». Del mismo modo, no se puede ser más blairista que Blair, ni más centrista que el Nuevo Laborismo. En pura teoría, podría suceder sin duda que los demócratas liberales desbordaran al Nuevo Laborismo por la izquierda, convirtiéndose en el partido de una socialdemocracia reinventada, menos burocrática, y probablemente con un fuerte matiz verde. Pero los Nuevos Liberales realmente existentes no dan señales de estar por la labor, y no sólo porque sus votantes realmente existentes no les seguirían por esa vía. Los demócratas liberales seguirán siendo la luna y el Nuevo Laborismo el sol, y el modelo de partido dominante a la usanza de Baldwin seguirá en pie, sólo que con matices ligeramente distintos.

Reescritura de la constitución territorial

¿Dónde deja esto la paradoja de Blair? No donde la dejaba Mair, pienso, pero tampoco donde yo la dejé. Supongamos, por un momento, que estoy en lo cierto, y que la ambición real de Blair es convertir al Nuevo Laborismo en un partido dominante en la línea del partido conservador del período de entreguerras. ¿Sería paradójico que impulsara los cambios constitucionales que su gobierno ha realizado efectivamente? La respuesta, creo, es que depende de la dinámica de la constitución territorial, es decir, de cómo evolucionen en el tiempo las concepciones prevalecientes acerca de las relaciones entre el gobierno central en Whitehall y los gobiernos de Escocia, Gales, Irlanda del Norte y las regiones y localidades inglesas. En principio, no hay razones por las que un modelo de partido dominante en el centro no pudiera coexistir con un modelo (o modelos) diferente(s) en la periferia. En su ya clásico estudio sobre la política territorial británica, James Bulpitt sugería que las relaciones centro-periferia en el Reino Unido se habían ajustado tradicionalmente a un modelo que denominaba «*Dual Polity*»⁷. Una sutil red de convenciones no escritas adjudicaba la «alta política» al ejecutivo central, y la «baja política» a los gobiernos y elites locales. Cada una de las partes de este pacto implícito limitaba gustosamente sus operaciones a su propia esfera, con tal que la otra hiciera lo mismo. La política exterior, la defensa y (en la época keynesiana) la gestión macroeconómica correspondían al centro; la prestación de los servicios a la periferia.

⁷ James BULPITT, *Territory and Power in the United Kingdom: An Interpretation*, Manchester, 1983.

En las décadas de 1960 y 1970, según Bulpitt, la *Dual Polity* se vino abajo. El gobierno central lanzó una serie de intervenciones microeconómicas que entraron en interferencia con las actividades de los agentes económicos en la base, socavando así el terreno de la «baja política», que hasta entonces había quedado reservada a la Administración local. El resultado fue una crisis de la constitución territorial no escrita.

Desde que Bulpitt publicó su estudio ha pasado mucha agua bajo los puentes, y su modelo precisa una actualización. Su intuición básica, sin embargo, sigue siendo extraordinariamente fructífera, y ayuda a explicar las luchas territoriales de la década de 1980, cuando las autoridades laboristas locales de extrema izquierda trataron deliberadamente de contrarrestar las consecuencias de la política macroeconómica del gobierno Thatcher en sus municipios, provocando una campaña ministerial de centralización agresiva, sin precedentes en la historia británica moderna. También ayuda a explicar la violenta reacción escocesa que condujo finalmente al convenio constitucional escocés, y de ahí a la actual descentralización de competencias por parte del gobierno central. Por último, sugiere una perspectiva nueva y más fecunda de la «paradoja de Blair» que la de Mair o la mía original. Mirado desde la perspectiva de Bulpitt, el significado real de la reconstrucción de la constitución territorial efectuada por el Nuevo Laborismo, que es con mucho el elemento más importante de su agenda constitucional, consiste en hacer posible el retorno de la *Dual Polity*, bajo un nuevo aspecto. Y en una *Dual Polity* reinventada, en la que el gobierno central se limitara a un estrecho abanico de cuestiones de «alta política» y dejara la «baja política» a la periferia, un largo período de dominación de un solo partido *à la* Baldwin podría perfectamente coexistir con una gran variedad de regímenes distintos a otros niveles. Eso, después de todo, es lo que sucedió en la época de Baldwin, que Blair trata de recrear, a nuestros efectos, en la Era de Gladstone y Salisbury⁸. Como se deduce de esos ejemplos, la *Dual Polity* reinventada se vería favorecida por el renacimiento capitalista, que constituye la realidad central de nuestro tiempo. Los ministros y funcionarios del centro se ocuparían de la defensa, los asuntos exte-

⁸ William Ewart Gladstone (1809-1898). Cuatro veces primer ministro (1868-1874, 1880-1885, 1886, 1892-1894). En su primera administración (conservadora) llevó a cabo una gran reforma administrativa; en la segunda (a la cabeza del partido liberal) apoyó las revueltas independentistas en Grecia y los Balcanes contra Turquía, imponiendo, sin embargo, una dura represión en Irlanda; la cuestión irlandesa le devolvió el poder en febrero de 1896, y provocó una secesión del partido liberal en junio de ese mismo año que le obligó a dimitir; dedicó los siguientes seis años a convencer al electorado británico de la necesidad de otorgar la *Irish Home Rule* a la nación irlandesa, cooperando con el líder irlandés Charles Parnell; en su cuarto mandato propuso de nuevo una *Home Rule Bill*, derrotada en la Cámara de los Lores, y la enfermedad le hizo dimitir un año más tarde.

Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil Salisbury (1830-1903). Político conservador, tres veces primer ministro (1885-1886, 1886-1892, 1895-1902). Tras la muerte de Disraeli en 1881 se convirtió en líder del partido conservador, oponiéndose sistemáticamente a Gladstone en la cuestión irlandesa. Bajo su mandato se produjo la guerra sudafricana o «de los boer» (1899-1902). Se opuso enérgicamente a cualquier alianza de Gran Bretaña con otras potencias (el «espléndido aislamiento»). [N. del T.]

riores y la política presupuestaria. La política monetaria correspondería al Banco de Inglaterra o a su sucesor en Eurolandia. Sujetos a las severas restricciones que imponen las reglas del mercado global, los gobiernos regionales y locales de colores abigarrados seguirían sus propias vías en otras cuestiones. Como la «alta» y la «baja» política se mantendrían separadas, esas diferencias no amenazarían al partido dominante en el centro más de lo que pudo amenazar el *London Country Council* a lord Salisbury o los mineros de Rhondda a Baldwin y Neville Chamberlain.

El blairismo contemporáneo todavía queda muy lejos de todo esto, pero sería erróneo suponer que esté obligado a permanecer en su situación actual. El centralismo febril que ha constituido un rasgo tan marcado del presente gobierno puede enfriarse conforme los ministros se habitúen a su tarea y se considere garantizado el neo-Baldwinismo. Desde el punto de vista de los políticos y funcionarios del centro, la gran belleza de la antigua *Dual Polity* era que ayudaba a mantener bajas las expectativas, y a reducir el terreno en el que los gobiernos podían verse atacados. Una nueva *Dual Polity* serviría para lo mismo. La cruzada por la modernización tendría que remitir, por supuesto. Pero una vez que los cruzados se den cuenta de que sus esfuerzos no les han acercado mucho a Tierra Santa, pueden sentirse aliviados al abandonarla. El gobierno se vería efectivamente despolitizado: Mair está en lo cierto en eso. Pero sería estúpido reprochárselo únicamente a Blair. El quid de la cuestión es que un capitalismo indómito requiere una democracia domeñada.